

EDITORIAL PRENSA ASTURIANA, S. A.

La Nueva España

Director: **JOSE MANUEL VAQUERO**

Director adjunto: **MELCHOR FERNANDEZ DIAZ**

Subdirector: **JULIO PUENTE**

Redactores jefes: **MARIO BANGO** y **PEDRO PABLO ALONSO**
 Jefes de sección: **ISIDORO NICIEZA**, **ANTONIO M. OTERO**,
ALBERTO MENENDEZ y **EVELIO G. PALACIO**

Administrador: **LUIS GONZALEZ**

Redacción, Administración y Talleres: **Calvo Sotelo, 7-33007 OVIEDO**
 Teléfono centralita: **230560 (5 líneas)**. Teléfono publicidad y escuelas: **231988**
 Télex **84.122 EPAS**. Apartado de Correos **233-33080, OVIEDO**

Depósito legal O-2-1958

Control de difusión



**Fernando
LOPEZ
AGUDIN**

Matemáticas y literatura

EN su última comparecencia televisiva, el presidente del Gobierno, a la hora de defender la necesidad de una negociación rigurosa sobre la concertación social, acuñó una expresión feliz: hay que pasar de la literatura a las matemáticas. Pero, como suele ser habitual con este tipo de frases, la realidad enseña que no es tan fácil desligar la letra de los números; y, que por lo general, las cifras van acompañadas de letra y hasta de música triunfal o dramática. Porque la magia de las matemáticas hace que nunca la literatura

rios de que la inflación suba en globo, con tal de erosionar a un Gobierno difícilmente erosionable por métodos políticos, no tienen en cuenta el doble factor temporal del verano y del turismo en el alza de los precios alimenticios, que son los que han determinado, sobre todo, este último índice desfavorable de los precios al consumo. Y quienes pretenden que el número de parados no sobrepase la barrera psicológica de los tres millones, con tal de que el ajuste fino no se aplique al área económica, procuran

Charlot Quini

Luis MEANA MENENDEZ

De un delantero centro se esperan dos cosas. O bien que tenga la pata estilizada y fina de una jaca, y tan rápida y flexible como la de ella para el quiebro o el caracoleo (recuérdese la canilla elegante y aristocrática de Cruyff, o la de Lineker). O que sea un tanque volante, con vigas en vez de ruedas y cabeza preferiblemente blindada, capaz de llevarse por delante muros, barreras, empalizadas y defensas hasta pegar contra la red con la imponente cabezota (o sea, el modelo Hrubesch o Muller). En el difícil oficio del delantero centro, no en vano llamado ariete, no hay más posibilidades ni secretos.

Excepto el capítulo de raros y heterodoxos. Como en aquellos tiempos Solabarrrieta, que metía goles inexplicables con los codos, rodillas, uñas, orejas, o la coronilla, pero nunca con los pies o la cabeza. Paradójicamente, Quini, nuestro más reputado ariete de los últimos años, no ha sido tampoco ni lo uno ni lo otro. Ni el caracoleo de la jaca, ni la fuerza avasalladora del morrocco. Ha sido también un heterodoxo. Pero en este caso la heterodoxia no ha sido casual sino arquetípica. Quini —año 49— ha sido, como persona y futbolista, el producto arquetípico del sustrato social y vital de la posguerra. El ariete Quini no ha hecho más que trasladar al área, probablemente como ningún otro, los modos, condicionamientos, trucos y limi-

taciones del niño de barrio industrialista de posguerra (Avilés). Por volver a la analogía animal, Quini no ha aplicado dentro del área ni las artes del elefante ni las del mosquito, sino las del perro callejero, con todas las astucias del perro sin dueño y sin escuela. A eso es a lo que se llama su brujería. Tenía la filosofía del que ha nacido y vivido sabiendo que todo depende del momento y de la puntería. La vida no te da más que una oportunidad. El secreto consiste en tener la astucia de estar en el sitio donde van a tirar el pan y la picardía para cogerlo antes que el otro. El gol.

O por decirlo con otra metáfora, y llama la atención que los comentaristas no hayan reparado nunca en ella, Quini es —como persona y futbolista— clarísimamente Charlot, el Carlitos de Chaplin. La misma pillería picaresca, el mismo aire algo desgarbado, el mismo desaliño indumentario (pero no sólo indumentario), una cierta comicidad innata y la picardía como única arma de defensa. Ese aire infantil, algo ingenuo y añorado, y esa actitud profundamente bondadosa, compasiva y misericordiosa —humana y futbolística— de Quini es la del Carlitos de Chaplin. Quini es —futbolísticamente— el Charlot industrial y pobre de Chaplin. Que le mete al Barcelona un rosco por debajo de la pierna de Urruticoechea.

En el recinto sagrado del Molinón —mejor altar, imposible— se celebra en un viernes santo de agosto la ceremonia litúrgica y solemne del cambio de estilos y de épocas. Al niño pícaro de Avilés viene a despedirlo y sustituirlo el Buitre. Cada uno, estilo de su época. Cada uno, adaptación del talento a un tiempo. Agosto del 87 marca convencional pero simbólicamente el cambio definitivo de épocas: la aurora floreciente de la capacidad informática (Butragueño) y el ocaso de la astucia callejera (Quini). A la España bien alimentada y de escuelas deportivas de 1987 empiezan a salirle arietes con la quinta velocidad, que viene a ser en fútbol lo mismo que la quinta generación en las computadoras.

Al niño pícaro y callejero arquetípico del régimen viene hoy a despedirlo la institución más representativa y opulenta del régimen. Digamos, esta vez con razón, que viene a despedirlo el equipo del régimen. Cuando ya no hay régimen. La calle —el pueblo— demuestra así una vez más cuál es su fuerza: la resistencia y un poco de suerte. La historia tiene esta vez, y no hay nada que a los vencedores les guste —y les disculpe— tanto, un final rosa: el niño ladrón de bicicletas del industrialismo de barrio de De Sica, admitido, por fin, mercedamente en la mesa de los opulentos.

Quedan sentados alrededor del campo todos los otros hijos de la derrota. La cara más cruel y más conmovedora de la ceremonia. En El Molinón, el 21 de agosto del 87, decenas de miles de sportinguistas, gijoneses y asturianos, pillos callejeros de la industria de la mar, o de la mina —unos vivos, muchos otros ya muertos—, y que entregaron para siempre su sueño de huida de la historia de su propia escalera, se reunirán allí, convertido cada uno en una yerbecita temblorosa de nuestro Molinón totémico y sagrado, para acariciarle y besarle por última vez las botas al Brujo, que consiguió lo que había sido el sueño de todos, el triunfo, o sea, una vida con dignidad y respeto. El triunfo de Quini es el de ellos. Quini fue quien mejor transmitió que su triunfo, el triunfo, no era de él sino de todos ellos. Nuestro. Irán todos a admirarlo, por última vez, a su Molinón sagrado. ¿Habrán, para todos ellos, vivos o muertos, satisfacción y venganza más dulce y más bonita que ver cómo Carlitos-Quini vuelve a engañar, una vez más, a los listos de cuna y meterles un gol de castigo y de derrota a los depositarios de la historia?

Niño Charlot, te echaremos eternamente de menos. Las alegrías que nos has dado, niño-perro callejero, esas nunca, nunca las olvidaremos.

